

—Senor, exclamó, ¡por piedad, no trateis de arriesgar vuestra persona en obsequio mio; arrostraré gustosa la humillación, la muerte misma, pero nunca me perdonaría el haber sido para vos la causa de algun daño!

—Solo tendrás que reprocharte haber usado conmigo una reserva injusta. Enterado al principio de tus amores con Garcés de Urrea, yo hubiera manifestado á sus padres, y aun al mismo rey, la conveniencia de vuestro enlace; mas al punto á que la situación ha llegado, es necesario un grande escándalo para ser atendido de uno y otros.

—Cuento recibir dentro de poco una cédula de matrimonio, y sin apelar á recursos extremos se podrá quizá.....

—No se puede nada cuando el tiempo falta. Don Jaime sale á holgarse hoy fuera de Zaragoza, y la familia de Urrea forma parte de su acompañamiento. Con esto quedas advertida para escusar preguntas á que no daré satisfaccion, avaro como estoy de conservar puro tu cariño el último día reservado á su existencia.

—Me ofendeis, padre mio, prorumpió Isabel arrojándose en sus brazos, siempre seré para vos una hija sumisa y cariñosa. ¿Por qué me juzgais de otra manera?

—Porque me aterra pensar en el día de mañana tan preñado de misterios llamados á resolverse. Mas en tanto, niña querida, gloria de mi juventud, alivio de mi vejez, infunde con tus caricias la serenidad que mi ánimo necesita para resistir impávido los caprichos de la fortuna.

Toda aquella mañana la pasó Martin ocupado en aderezar su armadura de batalla, largo tiempo hacia olvidada como inútil trofeo de los años bélicos de su dueño. El casco de fuerte red de acero, la túnica de piel, las abarcas de lo mismo, la espada larga heredada de los antiguos celtiberos, quedaron dispuestos para servir al día siguiente como traje de ceremonia al padre de Isabel. Veremos en el cuadro inmediato que hizo y donde fué con semejante atavío.

### III.

A la hora señalada empezaron á llenar los anchos salones del palacio de la Aljafería los magnates y señoras de mas renombre por su calidad y prosapia en el reino de Aragón, convocados para ser testigos y dar realce á los desposorios del muy ilustre primogénito de los condes de Urrea con la hija esclarecida del baron de Menasalvas. Abriéronse luego las puertas del aposento real, y despues de saludar al monarca, fueron en pos á la capilla de palacio, hoy parroquia de San Martin, á tomar asiento en las tribunas y graderías preparadas de antemano, á vista del numeroso pueblo admitido desde luego á presenciar la ceremonia. Obtenida la venia del rey fué á colocarse el respetable arzobispo delante del ara esperando emplazase don Jaime á los dos futuros esposos, segun era costumbre, para dar principio á la solemnidad.

Entrambos contrayentes fueron llamados al pié del trono, donde con arreglo á la etiqueta se reconocieron mutuamente antes de ratificar en manos del sacerdote el juramento que habia de unirlos en lazo indisoluble. Alzóse el novio sin aguardar á su prometida, dirigiéndose al altar con aire tan decidido que hizo presentir á los interesados en el negocio alguna resolución desesperada, con la cual el hostigado mozo cortase de una vez todas sus apremiantes solicitudes.

Un almogavar salió de entre los primeros grupos de la multitud y avanzando hasta el medio del templo, despues

SEGUNDA SERIE.—1866.

de haberse inclinado profundamente ante la majestad real, formuló con voz reposada y entera la siguiente protesta.

—Señor: yo Martin Heredia, caballero natural de estos reinos, en cuya orden de caballería fui recibido por el muy alto y poderoso don Fadrique de Sicilia, reclamo de don Garcés Urrea, aqui presente, su palabra y fé de esposo comprometida con la nobilísima princesa Irene Paleólogo, nieta del emperador Andrónico, como hija del César Miguel, habida en su esposa Maria, de la misma familia; en el bien entendido, que de negarse el mencionado don Garcés al reconocimiento de su compromiso, le reto de traidor y villano, y me ofrezco á sostener lo dicho en campo libre, que suplico á vuestra alteza autorice segun el fuero de Aragón.

Calló el retador y tampoco ninguno rompió el silencio profundo en aquella numerosa concurrencia, hasta que dirigió el monarca su autorizada voz al demandado, en la forma siguiente:

—Don Garcés de Urrea; si como creo, teneis alguna razon que oponer á vuestro acusador, os mando la presentéis desde luego lisa y llanamente, para determinar con arreglo á la ley.

—Digo, señor, que la princesa con quien me se quiere suponer obligado, es para mí desconocida: solo á Isabel Heredia, hija del actor en la presente querrela, estaba dispuesto á proclamar como legítima esposa en el momento que se promovió este incidente.

—A la verdad, caballero, añadió don Jaime hablando con el almogavar, juzgo que os hallais equivocado: el augusto emperador Andrónico no conserva ninguna nieta del nombre que habeis dicho.

—Un encadenamiento de circunstancias extraordinarias tiene reducida á esa descendiente de Constantino á la humilde condicion de ser tenida por hija mia. Pero estoy dispuesto á comprobar su ilustre origen en la ocasion y lugar que vuestra alteza se digne señalar al efecto.

—Así ha de verificarse, sin otro plazo que las horas precisas para nombrar los competentes encargados de aclarar este importante suceso. Y en tanto, señores, retirémonos, esperando, con el favor de Dios, que volveremos á reunirnos á terminar la ceremonia interrumpida, despues de haber fallado en justicia.

Era don Jaime II tan amante de gobernar con arreglo á los mejores principios de jurisprudencia que despues han asombrado al mundo, sus determinaciones se adelantaron tanto á las ideas reconocidas y respetadas por todos en aquella época y muchos siglos sucesivos, que por cierto no comprendemos como deja de contarse entre los mas sabios legisladores á un soberano que, sin cambios aventurados ni lastimar intereses, antes bien, con aplauso general y beneficio de la humanidad, dió complemento á reformas tan importantes como fué abolir la tortura, escepto para los que alterasen la moneda, y anular la pena de confiscación de bienes en todo delito que no llevase la nota de traicion. Si hubiera nacido en la patria de Bentham, Montesquieu ó Filangieri ¿cuántos elogios, qué de aplausos no se le tributaran, aun suponiendo en su conducta los brillantes errores que salpican las obras de los dos primeros? Mas tuvo la suerte de nacer español, y gracias si la indiferencia del mayor número le libra de ser pintado por algun novelista ó dramaturgo, como déspota abominable y fanático, opresor de sus semejantes y hasta feo de cara, con gran contentamiento de la gente vulgar á quien se va estragando el gusto con semejantes sandeces.

Antedichas estas razones, bien comprenderá el lector

AÑO XXIV. 30



que no pudo el rey aragonés conciliar el sueño hasta ver constituido un tribunal de varones de ciencia y virtud, sumamente prácticos algunos en los asuntos del imperio griego, que por entonces habia muchos en sus estados, para que bajo la presidencia del Justicia oyesen y acordasen en consecuencia el delicado asunto sometido á su rectitud.

Por su parte Martin Heredia, cuando fué citado á comparecer en el gran salon de palacio á exhibir las pruebas convenientes para justificar su protesta, llevó su regocijo hasta el punto de dar por última vez el dulce título de hija á Isabel, cosa que no se habia permitido desde la mañana en que interrumpió los desposorios de Garcés y tuvo de vuelta que declarar á la jóven el error en que habia vivido por tantos años y la nobleza de su nacimiento, colocándose para ella en una situacion embarazosa y ambigua de que anhelaba salir á cambio de cualquier sacrificio. Es cierto que la nueva princesa desheredada no se manifestaba envanecida, ni mucho menos se le traslucía ojeriza contra el promovedor de sus males, que no era otro sino el almogavar aragonés, como pronto veremos, y á quien iba á ser deudora de su rehabilitacion; mas al cabo no se ocultaba á Martin las pocas deudas de gratitud de que podria hacerla cargo, por mas que pudiera disculpar su proceder, en primer lugar con el derecho de la guerra y andando el tiempo con el acendrado cariño que siempre la manifestó.

Acortando razones, nada diremos en suma de la patética despedida entre la niña y el viejo antes de partir éste á defender la causa de aquella; nada tampoco de las seguridades tranquilizadoras que la dió, con la cabeza descubierta y muestras de gran respeto, ni nada por último de la insistencia por parte de la señora solicitando habia de tratarla como si fuera de su mismo abolengo, aunque digamos en cambio que pudo haber quizá en las demostraciones femeninas algo mas de amabilidad protectora que de expansiva lealtad, y dándonos prisa á cruzar el ancho foso de la Aljafería, lleguemos pronto donde á presencia del solemne jurado, tomó asiento Martin Heredia y antecedendo la señal de la cruz y permiso necesario, comenzó su narracion probatoria de la manera siguiente:

—Muchas de vuestras señorías habrán presenciado, y los demás no pueden ignorar, algunos antecedentes necesarios á la mayor claridad de los importantes sucesos de que soy llamado á dar cuenta. Alejado por mi profesion de las escuelas donde se aprende el bien decir, dificultaria pronunciar ninguna frase concertada en este sagrado recinto, á no sostener la memoria con recuerdos de tiempos que pasaron, haciendo así menos fatigosa la tolerancia paternal de tan graves juzgadores, en favor de los necesitados de atencion y protectora benignidad.

Siempre contaré, ilustres próceres, como el timbre mas claro de mi nombre, haber sido uno de aquellos famosos aventureros que, despues de afianzada la corona en las sienes de don Fadrique, contra fuerzas escesivamente superiores, considerando la Sicilia campo estrecho donde lucir su valor, pidieron licencia á su rey y señor natural para buscar en provincias remotas ocasion de rompimiento y guerra contra infieles y enemigos del cristianismo.

Desde sus primeros años fué aquel soberano uno de los mas señalados príncipes de la edad actual, y así procedió como su bizaría le dictaba, prometiéndonos mayores acrecentamientos, y aun esponder á riesgo el reino y la vida primero que faltar á la obligacion que en nosotros reconocia, si por acaso la esperanza de mejor fortuna era el motivo de ponernos en trance de acometer empresas aven-

turadas. Pero era tanto el esfuerzo y valor de la sin par milicia que, determinados á salir al encuentro de ocasiones peligrosas para mas engrandecer y dilatar su fama, agradecieron la respuesta del rey y concertados muy á satisfaccion con el emperador Andrónico, embarcóse toda la gente en el puerto de Mesina, al mando de Roger de Flor, y llevada de próspero viento arribó la escuadra á Constantinopla, regocijando á la ciudad con hacer muestra de las armas en que cifraba su amparo y proteccion contra las acometidas de los turcos, estendidos por todas las fronteras del imperio sin haber lanza enhiesta que los resistiese.

Poco tiempo estuvimos alojados en la capital del imperio, pues una pendencia ocurrida entre dos genoveses y un almogavar á quien motejaron lo rústico de su traje, dió motivo á que ambas naciones, prevenidas de antemano, llegasen á chocar con todas sus fuerzas, sin que los jefes, interesados en sosegar el tumulto, pudiesen calmar la justa cólera de los naturales de Cataluña y Aragon, antes que pasasen á cuchillo cerca de tres mil hombres de los atrevidos agresores.

Con esto apresuramos el embarque y atravesando el mar de Propóntide, tomamos tierra en el cabo Artacio, no lejos de las ruinas de la famosa ciudad de Cizico en el Asia Menor.

Junta la hueste en torno del valeroso Roger, en una breve plática declaró su intencion de acometer el día inmediato al campamento enemigo, fácil de romper por estar descuidado, é importante de ganar como nuncio de mayores trofeos, tan seguros de adquirir cuando el miedo ó la reputacion han preparado el camino.

A tiempo que la noche cerraba mas oscura, partimos de nuestro campo, arreglando la marcha de tal modo que al amanecer nos hallásemos sobre los turcos. Llegamos pues, y como en parte segura estaban sin centinelas reposando con descuidado sueño, de modo que acometiendo la caballería por las tiendas y débiles reparos que los resguardaban, siguiendo luego los almogavares con el mismo aliento, tuvo la nueva guerra un sangriento y dichoso principio con el desastroso fin de tres mil caballos y diez mil infantes á quien su desesperado valor no pudo evitar ser muertos en aquella jornada.

Desde allí, sin que la resistencia aprovechase de otra cosa que para enaltecer nuestra gloria, marchamos de triunfo en triunfo hasta llegar á las faldas del monte Tauro, donde todo el poder de los mahometanos se habia reunido para reñir batalla con nosotros. Era, por Dios, terriblemente magnífico ver al ejército contrario llenando los valles de la montaña en espera del nuestro y ensordecer el aire tocando al arma con sus atabales y bocinas cuando nos pusimos á la vista; pero tambien fué de grande animacion escuchar el grito de guerra de los almogavares en los encuentros mas árdulos y gritar sacudiendo la tierra con las puntas de sus dardos y espadas: *Despierta, hierro*, y darse la enhorabuena unos á otros con cierta confianza del buen suceso. Luego mezcláronse las haces desde la mañana hasta la noche, y haciendo los brazos su deber en tanto que podian herir, solo quebrantados, pocos en número y destrozadas las armas, abandonaron el campo los turcos que no quedaron tendidos sobre su espalda, como debia esperarse de la determinacion y gallardía que manifestaron entonces.

A los nuestros dejó tan alentados la victoria que á voces solicitaban pasar los montes, y llegando hasta los últimos confines del imperio romano, reconquistar en poco tiempo



las comarcas perdidas en muchos años por la cobardía y molición de los emperadores. Pero los capitanes con mejor consejo templaron este arroyo temerario y ordenaron volver á las naves para tomar cuarteles de invierno en la ciudad de Galipoli á la otra parte del Estrecho.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número siguiente.)

## AMOR Y DESVENTURA

O EL PINTOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

### I.

Habia Felipe II levantado en medio de los campos de Castilla el soberbio y magnífico edificio, que en un momento de gran miedo habia ofrecido á Dios y al mártir San Lorenzo, en la célebre batalla de San Quintín, edificio que debia asombrar á los futuros siglos, siendo á la vez templo magnífico, palacio suntuoso y sepulcro de los reyes de España. Vigilaba el mismo rey adusto y severo el adorno, las pinturas y esculturas de célebres artistas que de todo el mundo se habian reunido allí para embellecer su obra.

Entre otros habia allí un célebre pintor flamenco, que el emperador Carlos V habia enviado á España y á Portugal, y que habia hecho el retrato de muchos príncipes y monarcas.

El favor del emperador y despues de Felipe II no habia bastado á hacer cortesano á Antonio Moro, cuya independencia y franqueza estuvieron á punto de hacerle perder un dia todo su favor.

Felipe II, concedió á su pintor favorito toda su amistad y le profesaba el mayor afecto; empero el artista no sabia sin duda, que un rey de España era entonces uno de esos ídolos ante los que es preciso no olvidar jamás su humildad.

Un dia que en uno de los claustros se hallaba pintando uno de los admirables frescos de la vida de la Virgen; paseábase Felipe II con alguno de sus grandes, examinando los trabajos, y llegándose por detrás del artista embebido en su tarea, le dió una fuerte palmada. El pintor se permitió, ora ignorase quien era el que le tocaba, ora se creyese con confianza para ello, responder á aquella demostracion dando un ligero golpe con la tintera al severo monarca.

Felipe II se rió mucho y celebró aparentemente la ocurrencia. A la mañana siguiente se preparaba el pintor para continuar sus trabajos, cuando recibió una orden para salir inmediatamente del Escorial y marchar fuera del reino; reputándose bastante feliz por no haber sido reducido á prision por haber faltado á la etiqueta debida al rey.

Era, sin embargo, tal, el mérito del artista, que al obedecer á la necesidad de castigar aquella falta de respeto, Felipe II le dió una carta de recomendacion para uno de sus generales mas poderosos, para el duque de Alba, que mandaba en los Países-Bajos.

Las ideas protestantes habian hecho que los Países-Bajos se sublevaran completamente contra los reinos de España, y para extirpar los errores de la herejía, habia hecho

el rey establecer un tribunal que no se llamó en verdad de la Inquisicion; empero que estuvo revestido de todos los poderes de aquella terrible institucion.

El príncipe de Orange, los condes de Egmont y Horn que tantos servicios habian prestado á Carlos V, y los principales señores formaron una liga sagrada y proclamaron su independencia. Llamóse á aquella liga de los *pordioseros*, porque así los llamaron los ministros del rey por sus incessantes reclamaciones, denominacion de que se gloriaron los confederados llevando desde entonces en su sombrero ó en el pecho á manera de señal una escudilla.

Felipe II envió al duque de Alba, político consumado y general intrépido, para que apagase la rebelion con sangre, desconociendo el carácter de una religion de paz y de mansedumbre, condenando á los tormentos, á los suplicios y al fuego á los que habian abrazado el protestantismo. Bajo el pretexto de una conferencia, invitó el duque de Alba á los condes de Egmont y de Horn á su palacio donde fueron presos y conducidos á la fortaleza de Gante. Los condes de Egmont y de Horn fueron sacados de la fortaleza de Gante y ajusticiados en la plaza pública de Bruselas.

En vano la condesa de Egmont imploró de Felipe II el perdón, recordándole que al valor de su marido se debia la gloria de San Quintín. Ni lágrimas, ni ruegos, ni recuerdos de las victorias conmovieron el corazón del rey.

La insurreccion fué general. El príncipe de Orange abjuró públicamente el catolicismo y declaró que su objeto era el salvar al país. El duque de Alba logró contener las fuerzas rebeldes del de Orange, y esto aumentó su prestigio, y la Inquisicion continuó sus crueldades, estableciéndose un tribunal que se llamó de *sangre*.

Al entrar en Flandes en su honroso destierro Antonio Moro, casi creyó encontrarse en España. El hábito de vivir en este hermoso país tan favorecido del cielo, habia impreso de tal manera al pintor un carácter vigoroso y fiel, y esto fué lo que sin duda sedujo al duque de Alba, que quiso que le pintase á caballo delante de los cuatro bastiones de la ciudadela que habia hecho construir en Amberes y sobre cuyos muros habia hecho esculpir su nombre, títulos y cualidades sin hacer mencion alguna del rey Felipe II, su augusto amo.

Era tal el poder del duque de Alba, que el papa le habia dado el estoque y el sombrero bendito, cosa que los papas no conceden sino á las testas coronadas.

El duque de Alba con su consejo de Sangre creado por él, y á cuya cabeza habia colocado á su secretario Vargas, llenaban todos los dias de terror á Flandes de donde con sus suplicios habian huido mas de cien mil flamencos, apresurándose el resto á ocultar sus riquezas para que no fuesen presa de la codicia del duque de Alba, ó mas bien de sus satélites.

Todos los dias ejecuciones secretas hacian mas odioso su poder. Este hombre tan terrible, miraba sin embargo, con el mayor afecto y distincion al pintor, que quiso le retratase á caballo tal y como habia estado en la célebre batalla de Mulberg, en el cuadro de la Resurreccion, pintado para el convento de jesuitas de Amberes.

### II.

Un dia que Antonio Moro se hallaba en su estudio trabajando, oyó en la calle una fúnebre salmodia. Asomóse á su ventana, y un espectáculo triste se presentó á su vista. Los



reverendos padres carmelitas llevaban por las calles para enterrar á una dama jóven que habia muerto la vispera. Pasó el entierro debajo de las ventanas del artista. En todo el aparato que lo rodeaba notó que era el entierro de una princesa.

Habia en el féretro una mujer con el rostro descubier- to, rizado el pelo y peinado á la moda de España; acompa- ñada de llorones y de lloronas, costumbre de aquella época.

Preguntó lleno de curiosidad de quien era el cadáver de aquella hermosa mujer y le respondieron que se llamaba la condesa de Aremborg y que acababa de morir.

Dijéronle que su marido era uno de los mas celosos par- tidarios y amigos del príncipe de Orange, lo que para aquel tiempo era la peor recomendacion. Supo que el duque de Alba y su inflexible secretario Vargas habian procedido á la confiscacion de sus bienes y hecho decretar la pena de muerte contra el conde, como uno de los rebeldes. El con- de habia logrado fugarse, y aun se decia, que el mismo se- cretario Vargas habia favorecido la evasión del conde de Aremborg.

Fuera de esto lo que fuese, el pintor contempló estasia- do en el ataúd á una hermosa mujer. La comitiva fúnebre habia hecho alto precisamente debajo de la ventana del ar- tista, á fin de cantar un responso, y aun cuando ya el dia iba declinando, le ocurrió la idea de reproducir rápidamente sobre el lienzo las facciones de la muerta.

Cogiendo su paleta y sus pinceles, en un momento trazó á la ligera el retrato de medio cuerpo de aquella jóven. Sus hombros, su cuello, sus cabellos en trenza caian sobre sus mejillas, á las que por un capricho parti- cular habian dado de colorete haciéndola parecer mas una imágen que un cadáver. El pintor, concluida rápidamente su obra, se hincó de rodillas para dar gracias á Dios, tanto por lo bien que le habia salido, como del poco tiempo que empleó.

La comitiva continuó su camino, y fué á entrar en la iglesia, á donde como arrastrado por una fuerza sobrenatu- ral la siguió el pintor, y vió bajar aquel cadáver á la bóve- da de la familia de los condes de Aremborg, dejando allí á la bella condesa, de la que al menos poseía el retrato.

### III.

Aquel retrato habia suscitado en el artista hondos, an- tiguos y deliciosos recuerdos. Fué, pues, para él una espe- cie de misteriosa compañía. Mirábale cuando se hallaba solo, y se complacia en bajarlo de la pared donde lo habia colgado, y en hablar con él durante largas horas.

Para ocultarlo á todas las miradas, lo habia desde luego colocado debajo de una gran cortina de damasco; empero en encontrando que no era bastante aquel sitio para ocultarle, hizo abrir en la pared una especie de hornacina, y allí le encerraba cual si fuese una imágen de la Virgen.

Estasiábase con placer delante de aquella imágen de la muerte, precisamente porque no tenia nada de la muerte. Gracias al colorete que hacia sus labios como de púrpura, tenia todo el sabor de una aterciopelada fruta. Delante de aquel retrato á nadie podia ocurrirle la idea de la muerte ni del sepulcro, parecia mas bien una jóven entregada á un largo y plácido sueño.

Acababa Moro de llegar de España, y volvía fatigado con la vista de los cuadros de mártires, de austeros frailes, que

representaban los pintores de aquella época, y huía con placer de aquel mundo de verdugos y de suplicios. La vista de aquella hermosa dama despertaba en el alma del artista un inefable éstasis de amor.

El retrato de la dama muerta le ofrecia algunos rasgos de semejanza con los de la hermosa Olivia Campana, que habia amado apasionadamente en Madrid. Comparó aquella cabeza con otros bocetos que habia hecho en Aranjuez y Madrid en tiempo de Carlos V y cuando era jó- ven, y cada vez fué mas grande su admiracion.

Olivia Campana, en la época en que el pintor se habia enamorado de ella en Aranjuez y en la corte de Carlos V, te- nia trece años; era una niña, creció en edad, y con ella la loca pasion de Moro, que se vió privado de verla porque su padre, el conde Campana, se la llevó consigo á Méjico, donde el César le habia dado un importante mando en aquellas recién conquistadas regiones, evitando así el que la jóven, cediendo al amor del ilustre pintor, quisiera unirse con él. Desde aquel dia fatal Moro no habia vuelto á saber mas de Olivia.

El retrato de la dama, que llevaban en el atahud, seria como el de una mujer de treinta y cinco años. Es decir, que veinte años habian pasado desde que Olivia se habia separado de Moro, y veinte años en la vida de una mujer, y mas en el tránsito de la niñez á la edad consistente, eran bastante para alterar sus facciones.

¿Cuántas veces en su éstasis de amor exclamaba Moro de- lante de su retrato!

—¿Serías tú, mi amada Olivia? ¿Serías la esposa de otro que ha venido á Flandes, y que aquí todo está perdido para nosotros dos: juventud, amor, esperanza, todo lo que no ha cesado de existir en mí, todo lo que esta imágen me re- cuerda en este instante mismo de horrible angustia? Res- ponde, pálida cabeza á quien pregunto: ¿Eres tú aquella fresca y deliciosa rosa de la familia de Campana, de Madrid? ¿Eres tú la bella Olivia, y no reconoces aquí á tu amante el triste Moro?

El retrato no respondia, y el artista se veia precisado á volver á guardarlo con una especie de culto religioso.

Moro fué nombrado primer pintor del duque de Alba, y le encargó pintar el gran cuadro de la Resurreccion en la iglesia de los jesuitas de Amberes.

Moro á pesar de lo mucho que le distinguia el duque de Alba, no podia acostumbrarse al extraordinario y fantástico humor de su singular protector.

Tan pronto se le mostraba digno y reservado, como familiar y amistoso. Algunas veces le hablaba de los cadal- sos y de las víctimas que hacia su política, y otras le hablaba de cuadros religiosos, de donativos que pensa- ba hacer á los conventos, y de iglesias que se proponia levantar. Habia colmado á su pintor de beneficios, em- pero su proteccion le causaba un secreto terror que no podia dominar; no parecia sino que Antonio Moro preveía el extremo fatal á que aquel favor debia conducirle un dia.

Como el duque de Alba iba con frecuencia á visitar el es- tudio de su pintor, temía este que no llegase un dia á des- cubrir el retrato que con tanto cuidado ocultaba, y por el que de buena gana hubiera sacrificado los demás lienzos que adornaban su taller. Tan encantador era para él el re- cuerdo de aquella soñada mujer, y tanta felicidad le causaba la posesion de aquel cuadro trazado rápidamente, y al paso de un entierro, empero que le recordaba su amor. Habiale bautizado con el nombre de Olivia Campana, con-



fundiéndole así en su recuerdo con el nombre de la bella condesa de Aremberg, cuyo entierro había visto pasar, y que descansaba en la bóveda de su noble é ilustre familia.

Esta bóveda se hallaba en la catedral de Amberes. Allí iba á vagar con frecuencia al declinar el día el enamorado artista, contemplando las admirables pinturas que encierra aquel magnífico templo, y entre las que veía figurar las de su primer maestro Juan Schorcel.

Al acercarse á la bóveda de los condes de Aremberg, sentíase alternativamente poseído de alegría ó de temor. Preguntaba inquieto y triste á aquel mausoleo, y poco le faltaba para que, cual un enterrador, no tratase de levantar la piedra que le cerraba.

Nadie en la ciudad había podido decirle quién era la condesa de Aremberg. Su marido la había llevado á Amberes tres días únicamente antes de su muerte, y venia entonces de Alemania.

En la puerta de la bóveda no había esculpidos mas nombres que los de dos condes de Aremberg, representados por dos estatuas arrodilladas, la una en frente de la otra.

Un día que, cual de costumbre y cuando la iglesia estaba casi sola, andaba paseándose delante de la bóveda Moro, llegóse á él con gran precaucion y con su velo echado una beata, que le deslizó entre las manos un papel que le causó no poca admiracion y asombro al leerlo.

«La condesa de Aremberg se llamaba Olivia Campana. Hallareis escrito este nombre sobre la plancha de bronce de su sepulcro, si el sacristan os deja bajar á la bóveda. Adios, señor pintor, pedid á Dios por la condesa Aremberg, porque Olivia Campana os ha amado.»

Después de la lectura de este billete en vano buscó Moro á la mensajera á quien debía tan triste aclaracion, había desaparecido, y se encontró solo en la iglesia traspasado de dolor, y tan inmóvil y tan frio cual las dos estatuas que guardaban la puerta de la bóveda.

No cabía duda, la infeliz Olivia había muerto. Había sucumbido en algunos días á una enfermedad que había sido impotente el arte para dominarla. Descansaba allí, á tres pasos de él, aquella mujer por la que hubiese dado su vida, aquella joven unida á un hombre á quien tal vez no había amado.

Esta idea, mas cruel que su eterna separacion, hacia agolparse con tal violencia la sangre en las arterias del pintor, que se desmayó en la iglesia repitiendo el nombre de Olivia. No volvió en sí hasta la media noche, y á los pálidos reflejos de una linterna. Era la del sacristan, que iba haciendo la ronda, y que encontrándolo pálido, demudado, con la vista estraviada delante de aquella bóveda, debió por un momento creer que salía de ella.

No tuvo gran trabajo en penetrar el secreto de su pena, porque el artista contaba imprudentemente delante de él su dolor. No pedía á Dios mas que una gracia, la de volver á abrir por sí mismo el sepulcro y reunirse con Olivia en aquella última morada.

Después, levantándose de repente, intimó con arrogancia al sacristan que le abriese las puertas de la bóveda, repitiéndole que quería asegurarse por sí mismo de la verdad.

Vacilaba el sacristan, y Moro, echando bruscamente mano á su espada, y sin cuidarse de la temeridad sacrilega de semejante accion, hizose abrir la puerta y bajó con el asustado sacristan á la bóveda de los condes de Aremberg.

El último sepulcro se hallaba allí, cerrado y sellado con

dobles sellos, el del obispo y el del terrible Vargas, el secretario y confidente del duque de Alba.

El pintor vió sobre la plancha de bronce esta inscripcion:

CONDESA DE AREMBERG, ANTES OLIVIA CAMPANA.

Tal y tan grande era la turbacion del pintor, que creia ver la estatua de la condesa sobre el cenotafio, que no tenia al contrario adornos ni moldura alguna.

Dió el pintor al sacristan tres duros, que le hicieron mas llevadero el terrible susto que acababa de pasar. Ayudó éste á subir al pintor los estrechos escalones de la bóveda, le abrió la puerta de la iglesia, y el pobre Moro con la mano en el corazon se volvió á su casa.

#### IV.

El pintor se hallaba en la mayor ansiedad. Pasábanse sus días en la mas profunda tristeza. Si el billete que le había entregado la beata, que juzgaba debía de ser una amiga de la condesa de Aremberg, era verdad, ¿la última línea que contenia aquel escrito debía de ser mentira? ¿No revelaba que aquella incomparable criatura había amado al artista, y que tal vez habría muerto pronunciando su nombre y doliéndose de su ausencia y de su amor? El bálsamo vertido sobre la herida del artista por aquella sola línea no bastaba á devolverle la tranquilidad, antes bien le hacia ver el tesoro que había perdido, y su tristeza fué tal que permaneció mucho tiempo encerrado en su taller....

Solo tenia por criado un negrito, que le compraba los colores, se los molía y le preparaba su paleta. Habiale vestido de damasco azul, forrado de seda amarilla, con lo que se había hecho notable y todos le conocian en Amberes.

Volvía un día este negrito del palacio del duque de Alba, donde había ido á tomár las órdenes para su amo, cuando una mujer le llamó aparte y le entregó una carta dirigida á Antonio Moro.

Era una invitacion, en que le rogaban que fuese aquella noche al beaterio de San José, donde las beatas debian tener un concierto religioso. Chocóle mucho aquella cita en el beaterio, y al momento le vino á la imaginacion el encuentro que había tenido con una beata en las naves de la catedral. Parecióle que aquella carta era de la misma letra y de la misma mano que la recibida anteriormente.

Gozoso encargó á su negro le tuviese dispuesto su mejor traje para la noche, y se fué á acabar su gran cuadro de la Resurreccion en la iglesia de los padres jesuitas.

Mientras trabajaba en aquella obra que le había encargado y en que tanto interés tenia el duque de Alba, no cesó de pensar en Olivia. Los rayos con que iluminaba la suave cabeza del Cristo al salir del sepulcro, le parecian que eran los que debía de llevar también victoriosamente sobre su frente la bella Olivia en la mansion de los arcángeles. No había mas diferencia sino que su Cristo radiante, invencible, se lanzaba desde las sombras del sepulcro, y la condesa de Aremberg se hallaba para siempre encerrada en él.

A la hora acostumbrada dejó sus pinceles, y con el corazon mas aliviado se marchó á su casa, donde le esperaba e negro.

Con el esmero con que se vistió diríase mas bien que se componia y acicalaba para un baile que para un concierto cantado por monjas.

Quiso desplegar su coquetería delante de una mujer que había podido conocer á Olivia. Quería aparecer en su pre-



sencia con toda la magnificencia de su traje, á fin de que ésta creyese que la condesa de Aremborg no había amado á un pobre pintor, un hombre de nada, un artífice indigno de ella. Además aquel cuidado en componerse y engalanarse le distraía, y se figuraba que Olivia, cuyo retrato presidía á su tocador, le miraba y se complacía en verle.

Sonreíase delante del retrato cual un amante deseoso de agradar. Colocóse airoosamente sobre sus hombros una magnífica capita de terciopelo negro bordado, y sobre su cuello la orden de Cristo, que le había dado el duque, é iba ya á marchar cuando oyó de repente en la escalera un sorordo ruido, y apenas tuvo tiempo de guardar en su secreto escondite con un suspiro, el retrato de su amada difunta.

Era oscura la noche. El negro bajó, cogió una bujía y salió á alumbrar al que subía ya por la escalera.

Era éste un hombre de quien al pronto no se veía mas que la pluma negra de su gorra, porque echada ésta sobre el rostro se lo ocultaba enteramente, y venia embozado en su capa negra y enteramente lisa.

Descubrióse y el pintor tembló de piés á cabeza.... Era el duque de Alba.

Nunca á la verdad el rostro de aquel imperioso gobernador, á quien tenia el artista el insigne honor de servir, le había parecido mas pálido y severo.

—Coge tu paleta y tus pinceles, dijo al pintor, y sígueme....

—¡Seguir á vuecelencia á estas horas! exclamó Antonio. Yo me había vestido para ir á una función....

—En efecto, contestó el duque mirándole de piés á cabeza, en efecto, te has vestido de gala, mi querido Moro; precavido has estado, porque las mujeres que te voy á hacer ver son todas señoras de calidad....

—¿Va á llevarme vuecelencia á casa de unas señoras?

—A casa de unas señoras, y muy principales.

—¿Y quiere vuecelencia que lleve conmigo mis pinceles?

—Quiero que te acompañe tu negro con todos los avios necesarios para pintar. Vamos y no hay que replicar, continuó arqueando las cejas, eres mi pintor, sígueme.

Preciso fué obedecer á la voz que acababa de acentuar estas palabras. Aquella voz dejó aterrado al pintor.

Comprendía vagamente éste que algo de extraño y terrible iba á pasar entre el duque y él.

Siguió al duque despues de haberse abrochado el cinturón de su espada, y despues de haber echado una triste mirada sobre el sitio donde tenia escondido el retrato de Olivia.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se concluirá).

#### CUATRO PALABRAS SOBRE LOS SOMBREROS.

Todos los periódicos de París han referido que por el ministerio del Interior se han concedido durante un mes, trescientos veinticuatro privilegios de invención, referentes á nuevas y variadas formas de sombreros.

Este hecho no debe admirarnos, tal es la fecundidad é imaginación de los sombrereros. Para convencerse de su ingenio y de su invención, basta recorrer la larga y pintoresca forma de todos los sombreros que se han inventado desde la forrada montera del emperador Carlo-Magno hasta

el *sombrero impermeable* del boulevard Sebastopol, que gira hace cinco años sobre un junco metido en agua, sufriendo impunemente este prolongado baño.

Por lo comun se ignora que el sombrero es originario de España; se atribuye su invención al vizcaino Tristan Salazar, personaje sumamente ingenioso, y por lo visto susceptible en alto grado á los rayos del rubicundo Febo.

Hizo el sombrero su solemne entrada en Francia bajo el reinado de Carlos VI. Entonces se usaban el *gorro*, el sombrero en forma de mortero, segun se observa en los retratos de Felipe II y Enrique III de Francia, y la *caperuza* ó *capucha*. Solo el rey, los príncipes ó los caballeros tenían el derecho de usar el segundo, que era por lo general de terciopelo ricamente adornado.

El gorro, que era de lana, lo mismo en junio que en diciembre, servia únicamente para el pueblo; y en cuanto á la capucha, se usaba indistintamente sobre el sombrero de los magnates y el gorro de los plebeyos, é iba adornado por lo regular de una borla en el centro y una gran caída por detrás.

Muy á la moda en tiempo de Carlos VII y Luis XI, el sombrero fué abandonado por Luis XII, que volvió á los antiguos usos; pero Francisco I volvió á darle carta de naturaleza, y desde entonces y rápidamente, aquel adorno fijó su asiento en todas las cabezas del reino.

Su triunfo es definitivo, pero su forma varia en cada reinado. Se le ve tan pronto pequeño y bajo como grande y alto, redondo como un plato, puntiagudo como la aguja de una iglesia, ó largo y pronunciado como las almenas de un castillo. Unas veces es de fieltro, otras de lana, de terciopelo de seda, de paja, de tela, de tafetan; ya barnizado, ya forrado, pintado ó dorado, adornado sucesivamente de plumas, escarapelas ó piedras preciosas; y en cuanto á colores los hay para todos los gustos, negro, blanco, gris, azul, rojo, verde, etc., etc.: su forma indica la profesion, y el color sirve de emblema político, de contraseña ó de bandera.

El sombrero, en fin, es el eje alrededor del cual gira la moda, es la parte *capital* de nuestro traje: así como el calzado es la peana de nuestros vestidos y adornos, el sombrero es el remate ó coronamiento.

El sombrerero se ha penetrado siempre de la importancia de su papel, y vé con legítimo orgullo inclinarse las mas ilustres cabezas delante de él....

Conoce tan bien su misión que uno de Berlin, tal vez sea el de Mr. de Bismark, acaba de escribir un grueso volumen tan ingenioso como humorístico, titulado: *Influencia del sombrero sobre las ideas*.

Hace algun tiempo se acusa á los sombrereros haber perdido su antigua invectiva. ¡Injusticia! ¡calumnia! Si todavía usamos el afrentoso sombrero de copa, es porque queremos, y siempre se le puede comparar á los solterones que renegando toda su vida del matrimonio, acaban por casarse enamorados.

Durante estos últimos tiempos, hemos tenido el sombrero *Buckingham*, el *Calabrés*, el elegante *Monny*, el brillante *Cavour*, el atrevido *Mosquetero*, el *Bismark impermeable* y otros muchos difíciles é inútiles de recordar.

Por último, ¿no acaba de inventarse el *sombrero pájaro*, el mas elegante, mas extraño, mas pintoresco y mas audaz de todos los sombreros conocidos? Es preciso advertir sin embargo, que su inventor es aeronauta y poeta lirico al mismo tiempo que sombrerero.

Sube en globo como Nadar, y se eleva al Parnaso como Lamartine. Sus versos están pegados á los cristales de



su tienda, y su sistema de locomoción aérea, se encuentra explicado en el fondo de sus sombreros.

El nuevo sombrero adopta las formas mas elegantes y variadas, pero su distintivo es que tiene colocado artísticamente como adorno algun pajarillo.

Bengalis, canarios ó papagayos, en una palabra, todos los pájaros de los trópicos se ven en él, prendidos sobre el terciopelo, el encaje ó la seda; véanse tambien alondras, pinzones, gilgueros, pintadas perdices y blancas palomas. Con estos lindos pajarillos suelen alternar tímidamente ranas, ratones, ardillas, gallos, cangrejos y patos.

¿Estais de luto? el sombrero vuestro se adornará con un mirlo ó un cuervo, y en alivio de luto las golondrinas y maricas harán el gasto.

Aquella no es una sombrerería, es una pajarera.

Es digno de especial mencion un sombrero con un nido colocado en medio de unos trigos. En el nido asoman tres cabecitas de codorniz que tienen el pico abierto como llamando á su madre, la que desde lo alto del sombrero parece va á precipitarse para llevarles el alimento. Lástima grande que no estuviese completo este encantador cuadro, con un cazador y su perro, y en el fondo dos guardias civiles, ó por lo menos un guarda-bosque. Despues de lo dicho, cada persona escogerá el pájaro que mas responda á sus inclinaciones, á sus gustos y á sus ideas, y el pájaro vendrá á ser un signo frenológico, digno de tenerse muy en cuenta.

Pero no ha dicho aun su última palabra el sombrerero-poeta. Parece que está estudiando la manera de que por medio de un resorte el pájaro que nos sirva pie, con el canto propio de su clase, y esta invención ejercerá indudablemente cierto cambio en nuestras costumbres. Por ejemplo, nos encontramos un amigo, en lugar de quitarnos el sombrero hacemos mover el resorte, el pájaro saluda por nosotros, y Dios sabe de cuantos resfriados nos preservará una alondra ó un gilguero. ¡Pero aun hay mas! el sombrerero aeronauta piensa hacer comunicar el resorte en cuestión con una caja de música, colocada en el interior del sombrero; cuando el pájaro salude á un conocido, una preciosa melodía se dejará oír. De manera, que un día nos encontramos: mi papagayo os saluda, vuestro mirlo se inclina y, como una galantería bien merece otra, á la habanera de *No me lleves á Paul*, contestará la de *Me gustan todas*.

Entonces los organillos ambulantes tendrán que retirarse, y el mundo no será mas que una inmensa sala, en que exista siempre un concierto perpétuo.

Despues de tal invención, es de esperar que nuestras cabezas sacudan el yugo de los sombreros de copa, y no es difícil ver elevarse nuevos y gloriosos días para la *sombrerería* de todos los países.

F\*\*\*

#### PATRIOTISMO Y HUMANIDAD (1).

Si encontramos un francés en un pueblecillo de la Prusia oriental, vuestro corazón late con mas viveza; un instinto, un secreto placer os advierte que aquel hombre es vuestro asociado natural, casi vuestro amigo. El ha nacido en Tolo-

sa, vos en Dunkerque; él es pobre, vos rico; es cantero, vos escritor; nada de esto importa pues pertenece como vos á la gran asociación del pueblo francés. Desde luego le preferís á todos los extranjeros que os rodean. Si un prusiano hiciese intención de atacarle ó despojarle, le defenderíais y hasta llegaríais á armaros para hacer valer su derecho.

Mas supongamos por un momento que un indispensable negocio os lleva al centro del Africa. Os hallais entre los gallas, los mas terribles de todos los negros. De pronto percibís en medio del camino un rostro blanco, vuestro corazón late; correis, ¡qué alegría! Es un prusiano de Königsberg. No conoce bien el idioma francés y vos apenas sabeis el alemán; es protestante, vos católico; su bandera es de distinto color que la vuestra; sus conciudadanos se ocupan tal vez en atacar vuestra patria salvando el Rhin; nada de esto importa. Vuestras provisiones, vuestras armas, vuestra bolsa, todo está á su disposicion. ¿No es un conciudadano de Europa? ¿No es un miembro de la gran asociación europea? Cualquiera que le ataque tendrá que hacer con vos ¡desgraciado del gallas que á tal se atreviese!

Pero si tres meses despues, en medio de una isla salvaje, rodeado de serpientes, cocodrilos y chacales encontraseis un gallas, su lustrosa piel y crespos cabellos no os inspirarian mas que confianza y alegría. Es negro, pagano y se alimenta de carne cruda; pero es hombre y miembro de la gran asociación humana; os necesitais el uno al otro para luchar contra la muerte.

Pues bien, figuraos siempre y en todos los momentos que la tierra es una isla terrible, donde el frio, el calor, los malos aires, el hambre, la sed, las enfermedades y otras cien fuerzas invisibles, se reunen noche y día para llevar á cabo la destruccion humana. Entonces comprendereis que sois asociado natural de todos los hombres, sin distincion de color, lengua ó patria; que la reunion de todos los esfuerzos individuales es la única manera de batir al enemigo comun; que vuestras luces, vuestras fuerzas y recursos unidas á las de vuestros aliados apenas bastarian para conseguir la victoria.

Despues que esta verdad haya penetrado en vuestra cabeza hasta constituir una parte integrante de vuestro mismo ser, el corazón entrará en juego. La práctica del bien tendrá para vosotros el atractivo del mas puro placer; estrechareis con una verdadera y sincera amistad á todos aquellos que lucháran con vos en el gran combate; y la sola idea de despojar ó herir vos mismo á uno de vuestros compañeros de armas, os causará una viva repulsion mezclada de un profundo disgusto.

#### LA REINA MARIA AMELIA.

Cada día que transcurre nos trae un nuevo sentimiento, por mas que queramos cerrar los ojos.... Hé aquí una muerte imprevista que ha conmovido á los franceses. Hace poco tiempo, en Claremont, en ese triste palacio, en que la reina de los franceses abrigaba en su derredor, con sus mas queridos recuerdos, á sus hijos y á sus nietos, María Amelia, á la edad de ochenta y cuatro años, entregó tranquilamente su alma al Eterno. Entre todas estas reinas de Francia, honor de aquel gran trono, y que todas fueron dignas por su piedad, su gracia y su beneficencia de llevar aquella ilustre corona, la reina María Amelia ocupará sin duda el primer

(1) Ligero fragmento de la obra titulada *EL PROGRESO*, de Edmond About.



lugar, á fuerza de resignacion y de desgracia. Tenia un alma fuerte y un espíritu clemente, con un corazon tierno. En medio de tantas pasiones y obstáculos de todas clases, ha llevado una vida austera.... austera para ella sola, y para todos los demás atenta y fácil al perdon.

Tal era la autoridad moral de la reina María Amelia, que las mas fuertes pasiones la han respetado siempre. En medio de la calumnia y de la injuria, no ha encontrado mas que deferencia y respeto. Su alabanza estaba en todos los

labios, su mano estaba llena de bendiciones. ¡Cuántas veces la han encontrado, en los dias mas crueles del invierno buscando manera para aliviar la miseria que se escondía! Nunca era mas dichosa que cuando podía descubrir á un pobre vergonzante. Lo mismo en Londres que en Paris, la beneficencia fué la grande ocupacion de su vida; y todos los años añadia, á las ochenta familias necesitadas de las cuales era la providencia, una nueva familia. Si hubiese vivido un poco mas, habria inscrito sobre la lista de sus bene



La reina María Amelia.

ficios las ochenta familias de su adopcion real. ¡Cuántos huérfanos habrán quedado á su muerte! No hay un francés de este siglo que no haya sentido la muerte de esta princesa. Ha perdido el uno despues del otro, y en las mas crueles circunstancias, á la princesa Maria, á una grande artista, á la reina Luisa, á una santa, y al duque de Orleans, al digno jefe de esta ilustre casa. Otros duelos le esperaban en el destierro: hoy el luto de la duquesa de Nemours, mañana el de la duquesa de Orleans, y el luto sin término que

ha llevado hasta la última hora, el de su esposo, que la decia á las puertas de la muerte: «Amelia, ¿estás contenta de mí?»

Ella espiró hablando de Francia. Su ancianidad habia sido tan fuerte como su vida. Fué resignada y valiente. Está en el cielo, donde ruega por todos sus hijos. Hasta sus enemigos la habrian llorado si ella los hubiera tenido.

G. V.